

Schoenstatt

Un lugar de peregrinación y de gracias

Prólogo

Este ciclo de conferencias fue dictado por el P. José Kentenich, fundador de la obra de Schoenstatt, en 1948, en el Santuario de Nueva Helvecia, Uruguay. Las mismas constituyen una unidad ya que precedieron a modo de triduo preparatorio la alianza de amor que un grupo de peregrinos -feligreses de la parroquia de Sma. Trinidad- selló con la Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt.

Quien haya leído otros textos del P. Kentenich se asombrará de la simplicidad del que aquí presentamos. Esto es muy comprensible: él le habla a peregrinos y su objetivo es abrir el corazón y las mentes al obrar de Dios a través de María. Y esto, en virtud de una mutua entrega -la alianza de amor- en la que el alma se entrega a María, y en la que ella a su vez posibilita que la gracia de Dios penetre el alma.

Probablemente, los peregrinos que lean estas páginas encontrarán a lo largo de ellas respuestas a sus preguntas y necesidades. Probablemente sentirán además el impulso de profundizar y clarificar algunas ideas de Schoenstatt que aquí simplemente son nombradas de paso.

Los que leen asiduamente al P. Kentenich -a quienes les recomendamos la lectura del texto en el idioma original- experimentarán una vez más, con profundo gozo, la plenitud de amor filial a María que brota de estas páginas; la profundidad con la que un hombre de Dios, penetrado él mismo de ese amor, puede resumir en sencillas expresiones todo un mundo de ascética mariana que es respuesta a las necesidades del hombre de hoy.

Por último, aclaramos que la presente traducción es un extracto de las conferencias en su totalidad. En la práctica, no hemos omitido más que algunos párrafos derivados de otros temas. Creíamos mejor obviarlos para dar más lugar a la línea central del pensamiento que plantean las conferencias.

Al poner estas páginas en sus manos, el deseo de nuestra comunidad es que tanto quienes llegan por primera vez a nuestros Santuarios como quienes ya han sellado su alianza de amor con María, acrecienten su amor a ella y obtengan de ese amor la fuerza para vivir con plenitud una auténtica vida cristiana, tal como nos la previvió el hombre de Dios, Padre y Profeta, que dictó estas conferencias.

Hermanas de María

En la fiesta de la Natividad de la Virgen

8 de septiembre de 1986

La santidad

Un regalo del Espíritu Santo

Ustedes conocerán el refrán: *“Cuanto más cerca de Roma, tanto más tibio es un cristiano”*. A nosotros, que estamos lejos de Roma, no se nos puede aplicar esta frase tal cual. Sin embargo, hay una similar que podría ser la exacta en nuestro caso: *“Cuanto más cerca de una iglesia, tanto menos fervoroso se es”*; cuanto más cerca de un Santuario, tanto menos santo...

Desde 1943 (1) tenemos aquí un Santuario consagrado a la Mater ter Admirabilis. No sé si desde que lo tenemos la vida de cada uno, la de todos, ha crecido en santidad o si por el contrario, vale para nosotros la expresión: *“cuanto más cerca de un Santuario, tanto más superficial se es”*. Si fuese verdaderamente así, entonces no mereceríamos tener este Santuario en medio de nosotros.

La santidad de la vida diaria: Una gracia original del Santuario de Schoenstatt

Existe una marcada diferencia entre otros lugares de gracias y el nuestro pues en la mayoría de los Santuarios la Sma. Virgen se ha aparecido para regalar con prodigalidad sus dones; en cambio donde se establece la Mater ter Admirabilis reparte sus gracias en la medida en que recibe dones. Ella espera de nosotros un serio esfuerzo por alcanzar la santidad, es decir, desea -y está dispuesta a regalarnos la gracia para ello- que llevemos una vida profundamente religiosa. Si al escuchar esto nuestra alma se intranquiliza, probablemente sea porque poseemos un concepto equivocado de lo que significa santidad. ¿No será que creemos que una vida santa es cosa solamente de hermanas y de sacerdotes?

Somos santos cuando cumplimos fielmente con nuestro deber diario...

El Espíritu Santo, artífice de nuestra santificación

El Espíritu Santo se hizo presente en Pentecostés bajo determinados signos, lo sabemos por las Sagradas Escrituras. El descendió con la fuerza de un viento huracanado, en forma de lenguas y de llamas de fuego.

Estos tres símbolos representan las tres gracias que la Sma. Virgen imploró a la Iglesia en el día de Pentecostés. Y estas mismas gracias las media hoy desde nuestros Santuarios.

¿Qué significan los tres símbolos?

A) El viento huracanado:

Cuando el viento sopla sobre un árbol, caen las hojas marchitas. Lo mismo sucede en la vida espiritual. Cuando la gracia penetra el alma todo lo mediocre comienza a caer. Ese sacudimiento interior es una gracia que la Sma. Virgen nos quiere implorar.

Con cuánta vergüenza solemos experimentar nuestra mediocridad y nuestras debilidades. San Agustín expresaba esa realidad del alma con una imagen muy gráfica: hacía la comparación con una persona a la cual le cuesta levantarse por las mañanas. La persona intenta ponerse de pie, tiene muy buena voluntad, pero no puede despegarse de su cama. San Pablo resume esta

misma lucha interior con las siguientes palabras: *“hago el mal que no quiero y no hago el bien que quiero”*. Sí, llevamos tanta mediocridad dentro de nosotros, ansiamos ser más religiosos, mejores en nuestro modo de obrar, pero cuando tenemos la oportunidad de hacerlo, fracasamos. Quizá la esposa tenga el anhelo de complacer en todo a su marido, de dejar de lado sus caprichos, pero en el momento preciso, no lo logra.

Creo que desde esta perspectiva comprendemos muy bien la imagen de San Agustín. ¡Cuántas veces quisiéramos levantarnos y no podemos! Sólo cuando el Espíritu Santo irrumpe en nosotros con la fuerza del huracán, entonces sí puede acabar con toda nuestra mediocridad.

B) Las llamas de fuego:

El segundo signo de la presencia del Espíritu en Pentecostés es el fuego. Hoy arde demasiado fuego en el mundo. Es impresionante la cantidad de hornos y la inmensidad de llamas que arrojan. Si recorriesen el mundo conmigo, verían cuánto fuego -chispas del infierno- arde en los ojos de muchos hombres. Son muy pocas las veces en que se ve brillar, en las miradas, el fuego del amor de Dios. Es el Espíritu Santo quien nos regalará este brillo en la medida en que unamos nuestra oración a la de María en su Santuario y lo deseemos con vivas ansias.

Observen las propiedades del fuego: calienta, ilumina y sus llamas siempre tienden a lo alto. El Espíritu Santo quiere encender en nosotros la claridad de la luz de la fe pues solamente bajo esta luz podemos conocer y reconocer el sentido de nuestra vida y adecuarlo a las enseñanzas de Jesús. La Sagrada Escritura pone en labios del Señor frases como estas: *“Yo he venido a traer fuego a la tierra y cómo desearía que ya estuviera ardiendo...”* (Lc. 12,49); *“El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, cargue su cruz y me siga...”* (Mt. 16, 24).

A la luz de la fe comprendemos que nuestra vida cristiana es una *vida de sacrificios*. Por ejemplo, bajo esta luz tanto el ideal de la virginidad como el de la vida matrimonial cobran otro aspecto...

A menudo el hombre moderno cree que la virginidad consiste únicamente en una renuncia. Por supuesto, esa es una idea muy equivocada. La virginidad consiste en la entrega total y sin reservas al Señor. Una entrega en la que el Espíritu Santo puede recrearse. ¡Qué bella es una generación casta! La Sma. Virgen al renunciar a la plenitud de la vida matrimonial se convirtió en modelo del estado virginal; de allí que nos regale gustosa desde su Santuario las gracias necesarias para vivir con plenitud esta forma de entrega. El hombre actual ha perdido el sentido de captación para este mundo, por eso la Sma. Virgen quiere abrirnos a la luz en este aspecto.

¡Qué sería de la Iglesia y del mundo sin personas virginales de ambos sexos! ¡Cuánto han hecho los religiosos en el correr de los siglos! Es más, si no existieran almas virginales, tampoco existirían matrimonios castos. El hombre virginal es un ejemplo para el casado en cuanto al dominio sobre sus instintos, de allí que los matrimonios castos deban la fuerza de su ordenamiento instintivo a las almas virginales.

Pero la luz del Espíritu ilumina también la fidelidad del matrimonio cristiano. “Lo que Dios ha unido no debe separarlo el hombre”. San Pablo nos insinúa el misterio del matrimonio mostrándonos que es figura de la unión de Cristo con su Iglesia. Así como la Iglesia sirve desprendidamente a Cristo, la

esposa sirve a su esposo. Así como Cristo guarda fidelidad a su Iglesia, el esposo la debe guardar frente a su legítima esposa; así como Cristo derramó su sangre por la Iglesia, el varón ha de dar todo por su familia sin buscar en ella solamente la satisfacción de sus pasiones...

Del mismo modo que el fuego vivifica, el Espíritu Santo nos da la fuerza y la gracia para comprender y vivir estas grandes verdades. Al decir esto, recuerdo la frase de un escritor inglés: "en la única Sagrada Escritura en que el hombre actual es capaz de leer es en la vida". Y otro escritor dirá: "si los cristianos viviesen como tales, yo creería en su Redentor".

Son muchos los cristianos que van a la iglesia pero demasiado pocos los que después se esfuerzan por vivir lo que han escuchado y rezado. Nuestra gran tarea ha de consistir en llevar el cristianismo a la vida práctica. Tenemos que demostrar por nuestro testimonio que Cristo está vivo. El mismo nos ha dicho: *"No son los que me digan 'Señor, Señor' los que entrarán en el Reino de los Cielos, sino los que cumplan la voluntad de Dios..."* (Mt. 7, 21).

¡Cuánta frialdad hay en el mundo de hoy! El hombre actual busca únicamente la comodidad. En cambio, en donde hay cristianos debería estar en primer lugar el amor. Por supuesto, esto sólo se puede dar como un regalo del Espíritu Santo. Y ¿cuál es la condición para recibir este regalo? Unir nuestra súplica a la de la Sma. Virgen en su Santuario de Schoenstatt. Ella, la Mater ter Admirabilis, ha sellado una alianza de amor que quiere renovar. Una alianza presupone siempre dos contrayentes. ¿Quiénes son en este caso? La Virgen María y nosotros. *Por esta alianza, María asume el compromiso de encender en nosotros un amor santo, capaz de vencer nuestra mediocridad; se compromete también a iluminar nuestro entendimiento de modo que seamos capaces de formarnos un concepto claro de la vida, a que tengamos la fuerza de vivir según él y a que seamos por eso mismo un ejemplo luminoso para quienes nos rodean.*

Otra característica del fuego: la llama siempre tiende hacia arriba. Nosotros por nuestra parte hemos de comprometernos a acudir al Santuario para confiarle a la Sma. Virgen nuestras necesidades; aceptamos también el deber de luchar por la pureza, por un concepto de la vida orientado en lo natural y en lo sobrenatural y por ser testigos de la Iglesia por nuestro buen ejemplo.

C) El don de lenguas

En el día de Pentecostés el Espíritu Santo descendió en forma de lenguas de fuego. Antes de su venida, los apóstoles eran hombres temerosos que apenas se podían expresar. Después de la irrupción del Espíritu en sus vidas, dieron testimonio de su fe proclamándola en todas las lenguas. También a nosotros el Espíritu Santo -por la intercesión de María en su Santuario- nos quiere enseñar a hablar, quiere regalarnos gracias de oración y la fuerza para defender nuestra fe allí donde estemos...

La Sagrada Escritura nos habla de la necesidad del equilibrio entre trabajo y oración. El desorden del mundo actual se debe en gran parte a que se le dedica demasiado tiempo al trabajo y a la diversión y muy poco a la oración. Dios, por otro lado, ha prometido concedernos todo cuanto le pidamos a través de ella: *"Les aseguro que todo lo que pidan al Padre en mi Nombre, El se los concederá"*.

Por supuesto, siempre que lo hagamos con la convicción de que El nos dará aquello que contribuya a nuestro mayor bien. Comprender estos misterios es

una gracia; otra de las gracias que la Sma. Virgen nos implora desde su Santuario de Schoenstatt.

El Espíritu Santo quiere descender hoy nuevamente sobre nosotros en forma de lenguas de fuego, aunque para ello es necesario ese profundo espíritu de oración que María nos implora en su Santuario. Es más, este espíritu es la mejor herencia -aún mayor que el dinero- que podríamos dejarle a nuestros hijos.

(1) El 18 de octubre de 1943 se bendijo en Nueva Helvecia, Uruguay, el Santuario de la Madre tres veces Admirable de Schoenstatt. Es la primera réplica fiel del Santuario que se edificó en el mundo.

Dichas réplicas, en la actualidad dispersas en los cinco continentes, son también -por su vinculación con la fuente original de gracias- lugares desde los cuales la Madre y Reina de Schoenstatt actúa como Madre de gracias en la vida de quienes peregrinan con fe o se vinculan espiritualmente a dichos lugares.

El Santuario de Schoenstatt

Un lugar de peregrinación y de gracias

En este -como en cada Santuario- la Virgen María regala gracias determinadas. ¿Conocen las que nos regala aquí? Si han oído hablar de otros lugares de peregrinación, sabrán que ellos se han convertido -por una acción extraordinaria- en fuentes de gracias. También esta es una fuente de gracias aunque exteriormente no lo notemos. Las gracias que recibimos aquí en primer lugar benefician al alma; en esto consiste la originalidad de nuestro Santuario.

También la Sagrada Escritura habla de una piscina milagrosa. El pueblo de Israel creía con fe que cuando el agua fuese removida quien primero se sumergiese en ella quedaría curado. Según esta fe, el agua poseía un poder de sanación especial.

Creo que a nosotros en cambio nos interesa saber claramente cuál es el “poder” de este lugar, cuáles son las gracias de peregrinación que María regala en este Santuario.

Hablamos de tres gracias pero que no se orientan en primer lugar a la curación del cuerpo o la satisfacción de necesidades materiales. Digo intencionalmente que no se trata “en primer lugar” de tales gracias pues podría ser que las recibiésemos; pero no como lo fundamental.

“Busquen primero el Reino de Dios...”

Esto es lo que la Sma. Virgen nos quiere regalar aquí en primer término: *la apertura de nuestro corazón para los bienes espirituales, sobrenaturales*. Si hemos alcanzado estos, entonces sí, probablemente nos regalará también los otros.

El hombre actual sufre un fuerte desarraigo espiritual, su espíritu no tiene dónde centrarse, dónde echar raíces. Son muchas las causas de esta grave carencia pues son innumerables las corrientes -la mayoría de ellas enfermizas-

que atraviesan el pensamiento humano. Quien tiene bienes materiales sufre por el temor de perderlos... quien tiene hoy que comer se pregunta si mañana estará en la misma situación. Esta terrible inseguridad sacude las almas y las torna superficiales.

El hombre siente que no tiene hogar. Se identifica con aquel poeta que escribe: “ya no puedo volver a casa, pues no tengo más hogar”.

En lo más profundo, este grito del hombre actual proclama: “no existe corazón alguno que me acoja, que me cobije, en el cual me pueda refugiar como un pajarito en su nido”. La época actual nos lleva a vivir sin hogar, sin patria espiritual. Hay un escritor que compara esta época con la actitud del tero (1) que se intranquiliza cuando se avecina una tempestad. También en la actualidad se avecina una tempestad, un gran sacudimiento del cual somos nosotros mismos los culpables. El tero grita. Del mismo modo los hombres gritamos en los periódicos, en los comités políticos, en las elecciones, y de un modo especial a través de las guerras. Realmente nuestro grito se asemeja al de un tero antes de una gran tormenta. Pobre de aquel que ante tales circunstancias carece de hogar. Al decir esto no me refiero en primer lugar a una casa material -en realidad esos bienes son pasajeros- sino a experimentar hogar en un corazón humano.

La Sma. Virgen nos quiere regalar la gracia del cobijamiento. ¿Qué queremos decir con ello? Ella le quiere ofrecer al hombre actual, carente de patria espiritual, su propio corazón como hogar. Un corazón bondadoso, lleno de amor, comprensivo, capaz de asimilar en sí cuanto pueda conmover interiormente al hombre ya que esas mismas conmociones las sufrió en su propio corazón. Lo único que no ha sentido es el peso del propio pecado. Sin embargo, sus sufrimientos se debieron justamente al pecado de los hombres, sufrimientos que sobrellevó como si Ella misma hubiese cometido tales pecados.

Nosotros sabemos que en ese corazón maternal laten el corazón de Jesús, el de Dios. ¡Qué felicidad saberse cobijado en un corazón tal! Si sabemos esto, entonces a pesar de que la vida se torne difícil, nos alegrará el poder refugiarnos en ese corazón maternal que se un verdadero Santuario. Es más, quien permanece unido a ese Santuario no pierde nunca su hogar. Pero como somos seres sensibles, para convencernos de esto, normalmente necesitamos experimentar primero la fidelidad de un corazón humano. Ella misma se debe ocupar entonces de que nuestro esposo e hijos nos conserven fidelidad. Pero si nos desilusionan, la Virgen se ocupará de que ese dolor no abata nuestro corazón sino más bien que a causa de él nos sintamos cobijados más profundamente en el suyo. Esto abre nuestro corazón y lo fortalece en la fidelidad de modo que otros muchos puedan experimentar en él un hogar.

Feliz quien tenga un hogar, y a la vez, quien lo tenga debe serlo para otros. La Sma. Virgen nos cobija en su corazón, pero simultáneamente espera una apertura similar de nuestra parte hacia los demás. Ella, que siempre nos acoge, espera que nuestro corazón viviendo en el suyo pueda ser hogar para otros.

El que una persona humana me haya aceptado en su corazón, es un símbolo de mi cobijamiento en la Sma. Virgen; la fidelidad humana me ejemplifica la fidelidad de María. Y si las personas me desilusionan o se aprovechan de mí, entonces no es para que me amargue por ellos, sino para que a través de ello

me arraigue más profundamente en el corazón de la Virgen María. Cuando sintamos que nos falta hogar, que nuestros hijos carecen de él o que nuestro pueblo es conducido por sendas equivocadas; cuando veamos matrimonios católicos destruidos porque ni siquiera entre ellos existe aún el vínculo de la fidelidad; cuando veamos que nuestros hijos en sus matrimonios no aciertan el camino, entonces recurramos al Santuario de la Mater ter Admirabilis y ofrezcámosle nuestras manos colmadas del anhelo de encontrar hogar en su corazón y de serlo también para otros.

Repito, *feliz de aquel que en la época actual tenga un hogar y trate de serlo él mismo para los demás. Feliz de aquel que en todas las circunstancias busca refugio en el corazón de la Sma. Virgen, pues en él hallará cuanto necesite.*

Por lo tanto, resumiendo, podríamos decir que la Madre del Señor quiere regalarnos en este lugar *una gracia triple*: un corazón abierto y receptivo a los bienes espirituales y sobrenaturales, un profundo cobijamiento interior en su corazón y la disponibilidad para ofrecer nuestro corazón como hogar para los demás. La medida en que recibamos estas gracias dependerá de nosotros, del grado en que nos vinculemos a este Santuario. *“Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá”* (Lc. 11, 9).

(1) En el original alemán: Krähen (cornejas). El tero, al igual que las cornejas, presiente los cambios climáticos antes de que sucedan.

La alianza de amor con María

Hace unos días vino al Santuario un señor de Montevideo con un gran ramo de flores. Le pregunté por qué llegaba hasta aquí. Como respuesta me dijo que quería sellar la alianza de amor con la Mater ter Admirabilis. En este señor los veo simbolizados a ustedes y a miles de personas que en el correr del tiempo peregrinarán a este Santuario. Todos traen sus ramos de flores, no vienen con las manos vacías, sus manos están colmadas pues si toda alianza presupone dos contrayentes, corresponde que cada uno de ambos aporte algo. Piensen en un matrimonio. También allí los dos contrayentes se entregan algo mutuamente...

¿Qué presupone para nosotros sellar la alianza de amor con María? Esto vamos a aclararlo bien, pues como personas maduras no hemos de hacer nada cuyo significado no comprendamos.

¿Qué exige la alianza de nosotros? Pensemos nuevamente en el señor que trajo el ramo de flores: *es necesaria nuestra contribución para sellar esta alianza.* Pero, ¿qué es en definitiva la alianza de amor?

Quiero contestarles muy sencillamente estas preguntas pues algunos de ustedes todavía no comprenden lo que la Sma. Virgen quiere realizar desde este Santuario.

1. En los orígenes de la creación, Dios sella una alianza con los hombres

En la Sagrada Escritura leemos que Dios ha sellado muchas veces una alianza de amor o mejor dicho, varias veces. La primera alianza de amor fue la que Dios selló con Adán y Eva. Por un lado, Dios; por el otro, el hombre. ¿Qué le había regalado Dios al hombre? La vida divina, liberándolo con ella de la esclavitud a sus bajos instintos. El hombre fue invitado a la libertad y a permanecer exento del dolor y de la muerte. Per, ¿qué debían hacer a cambio Adán y Eva? Únicamente responder con un sí libre a los deseos de Dios. El les había dado una hermosa tierra, el paraíso; trabajaban sin que ello les causara sufrimiento alguno; lo único que no les estaba permitido era comer el fruto de un árbol. En eso consistía la exigencia de Dios: en la seria disponibilidad a corresponder a su voluntad. A cambio de esto, ellos gozaban de la plenitud del amor de Dios.

Si el hombre no hubiese pecado, en el mundo hubiese reinado únicamente la paz y la alegría, pues la vida de los instintos no se hubiera rebelado contra la vida del espíritu.

Dios había ofrecido mucho en esta alianza pero el otro contrayente fracasó y no cumplió su parte; por lo tanto, Dios tampoco se vio obligado a cumplir la suya (1). Desde entonces, el mundo es un gran campo de batalla, un campo de muerte, un valle de lágrimas, la consecuencia inevitable de la ruptura de esa primera alianza de amor. Repito, si el hombre hubiese sido fiel a la alianza no existiría el dolor. Después de la caída, incluso el propio corazón humano se ha hecho un gran campo de batalla donde la carne y el espíritu luchan entre sí continuamente. Así podríamos nombrar todas las calamidades, también las guerras mundiales, todo ello es consecuencia del quebrantamiento de esa primera alianza de amor.

2. La Redención comienza con una nueva alianza entre Dios y los hombres

Dios, sin embargo, vuelve a sellar una segunda alianza de amor con el hombre. “El ángel del Señor anunció a María...”. Nuevamente dos aliados: Dios y la Sma. Virgen, una sencilla esclava.

¿Qué promete entonces el Dios vivo? Que la segunda Persona de la Trinidad habrá de descender al seno de la bendita entre las mujeres; que la Palabra eterna tomará figura humana y redimirá al mundo. ¿Y en qué debía consistir la colaboración de María? Debía regalar su disponibilidad para el nacimiento de la segunda Persona de la Santísima Trinidad; para ayudarlo en su crecimiento, alimentación, también para ofrecerlo en el Gólgota. Fue llamada a colaborar libremente en la obra redentora asumiendo así el rol de mediadora de gracias. Esta sí, fue una hermosa alianza de amor.

3. Cada hombre vuelve a insertarse en esta alianza

Adán y Eva fueron los representantes de la humanidad, por lo tanto, también los nuestros. Ellos, al quebrantar la alianza de amor lo hicieron también en representación de nosotros, de ahí que suframos las consecuencias de esa ruptura. Por otro lado, la Virgen María guardó fielmente su alianza de amor, le guardó fidelidad a Jesús hasta lo último. Y esto se ha transformado en una

gran bendición para nosotros ya que en su sí a la alianza también estábamos representados.

Volvamos a recordar a ese hombre sencillo de Montevideo que vino a sellar su alianza de amor con la Mater ter Admirabilis. No quiso insertarse en la alianza de amor de Adán y Eva. ¿Quiso insertarse en el sí de María? Respóndanse ustedes mismos...

4. La alianza de amor en Schoenstatt

En el año 1914 -hace relativamente poco tiempo- la Sma. Virgen también selló una alianza de amor...

Esta alianza no es más que una renovación de aquella en la que “*el ángel del Señor anunció a María*”. Dios, que al descender al seno de la Virgen lo santificó, quiso hacerse presente en el Santuario a través de María para hacer de este pedacito de tierra, una tierra santa, un lugar del que surja un movimiento santo, gestador de hombres nuevos y de un nuevo orden social. Es ella, por lo tanto, quien quiere utilizar como instrumentos a cuantos sellan la alianza de amor. Los primeros aliados -allá en 1914- fueron un pequeño grupo de muchachos con los cuales estaba yo. Nosotros fuimos en ese momento representantes de ustedes. El otro contrayente fue la Madre de Dios. Nosotros firmamos esa alianza de amor y Ella incluyó en ese documento a cuantos un día se incorporarían a esa alianza.

¿Hay alguien de nosotros que esté dispuesto a incluirse también en ese documento? Así como Adán y Eva representaron a la humanidad en un determinado momento de la historia, también ustedes estuvieron representados en 1914 por aquellos que sellaron la alianza de amor en el Santuario.

Se preguntarán qué obligaciones supone esta alianza de amor. El sencillo hombre de Montevideo trajo un ramo de flores, símbolo de la total renuncia de sí mismo y de la entrega a María. Lo mismo le ofrendaron los muchachos a la Virgen en aquel entonces; en sí esa fue la exigencia de Ella... Ha aprendido esta praxis del buen Dios. Al comienzo de la Redención El había dicho: ¡nada sin María! y por eso, Ella hoy nos dice: ¡nada sin ustedes que han sido llamados! Esto es lo que llamábamos ya en aquel entonces “aportes al capital de gracias”, es decir, la conciencia de saber que también nosotros debemos ofrecer algo para que se realice la alianza...

¿Se ha quebrantado en el correr de los años la alianza de 1914 -así como sucedió con Adán y Eva- o hemos permanecido fieles? Sí, hemos permanecido fieles aunque no del todo ya que somos hombres miserables. Es más, ya en aquel entonces fueron muy pocos los que comprendieron -o comprendieron totalmente- lo que esa alianza significaba. Hubo uno que creció por esta entrega hasta el punto de ser actualmente considerado un santo (2). Otros, en cambio, se quedaron muy atrás. Sin embargo, son muchos los que han permanecido fieles a su alianza y los que en el correr de los años se han consagrado a la Sma. Virgen. Ella también les ha permanecido fiel según el grado de seriedad con que cada uno asumió su consagración...

Con todo esto, se darán cuenta de que si sabemos qué significa la alianza de amor, sabemos también a qué nos comprometemos desde mañana y a qué se comprometerá la Virgen María.

¿Qué consecuencias extraemos de esta mutua entrega? Solamente voy a mencionar algunos aspectos:

La alianza de amor nos regala:

- una ilimitada seguridad ante la vida
- una vida ilimitadamente plena
- una marcada alegría de vivir

Quiero concluir esta prédica con la misma sencillez con que la comencé, pidiéndole a la Virgen que una sus manos para implorar al Espíritu Santo que muchos de ustedes sellen su alianza de amor... para bendición de todo el pueblo.

(1) Para interpretar debidamente este texto, es necesario volver a ubicarse en el contexto en el que esta conferencia fue dictada.

El Padre José Kentenich le habla a una feligresía parroquial sumamente sencilla. De ahí la carencia de especulaciones teológicas y la forma simple de formular conceptos tan elevados. Esta simplicidad no debe tomarse como norma en el pensamiento del Padre Kentenich. Muy por el contrario, en círculos intelectuales él ha desarrollado con admirable penetración y profundidad teológicas los aspectos de la economía de la Redención que aquí son expuestos con suma sencillez.

(2) Probablemente se refiera a José Engling, joven seminarista caído durante la primera guerra mundial.

El término “santo” lo utiliza el Padre Kentenich en un sentido amplio sin pretender con ello anteponerse al dictamen de la Iglesia. En la actualidad está en proceso la cause de su canonización y es considerado Siervo de Dios.

Las tres gracias de peregrinación

Hoy será, sin duda, un día de gracias especiales para toda la parroquia ya que celebramos el 18 de mayo. El 18 de cada mes no es para nosotros solamente un día de recuerdo, sino también y por sobre todo un día de renovación, un día en el que renovamos la alianza de amor que la Santísima Virgen selló en Schoenstatt el 18 de octubre de 1914 y que vuelve a sellar ahora con nosotros insertando nuestra entrega en aquella primera alianza. Pero ahora recordemos lo que escuchamos anoche, pensemos en el sencillo señor que llegó con un ramo de flores dispuesto a sellar la alianza de amor. Quizás nos preguntamos si también todos nosotros hemos sido llamados a una entrega similar. No, no todos hemos sido llamados. Ese llamado es una gracia que debemos implorar para nosotros, pues es una gracia grande poder captar con profundidad lo que la Sma. Virgen quiere regalarnos en su Santuario y a la vez lo que espera de nosotros, ya que en ese mutuo dar y recibir reside la originalidad de este lugar de gracias.

Cristo y su Madre (1) fueron constituidos por Dios centro de la creación entera. Al formar al ser humano según su imagen los creó: al varón según el modelo de Jesús y a las mujeres según el de la bendita entre las mujeres. Es más, la unión matrimonial entre el hombre y la mujer es figura de esta misteriosa bi-unidad entre Jesús y la Sma. Virgen. Con esto, intento mostrarles cómo y por qué ellos deben estar en el centro de nuestra vida. Cristo es el gran Sol en el cual se encendió María hasta ser ella misma un pequeño sol. Y ellos iluminan el mundo de manera similar a como el sol lo hace en el plano natural, es decir, con diferencia de grados. Así como en la

tierra hay regiones que producen frutos excelentes y otras que son infecundas, lo mismo ocurre en el Reino de Dios. Donde abunda el Sol de Cristo florece la vida cristiana. Y a los lugares donde este Sol brilla doblemente -donde actúan Cristo y María- los llamamos “lugares de gracias”. Este es un lugar así, aquí brilla el Sol de un modo diferente, regalando una mayor calidez, irradiando más luminosidad y fecundizando la tierra con mayor vigor.

¿Qué quiero significar al decir esto? Supongamos que en un sitio cualquiera me pongo a rezar con mucha devoción y ardor interior y que en otra oportunidad hago exactamente lo mismo pero en este lugar, ¿dónde recibiré mayores gracias? En aquel lugar en el que el Sol brille con más claridad.

Otra comparación: ustedes saben que hay ciertos climas que son especialmente saludables para la curación de ciertas enfermedades. Lo mismo sucede con las enfermedades del alma: hay lugares especiales -nuestro Santuario es uno de ellos- que posibilitan un mayor restablecimiento...

La gracia del cobijamiento espiritual

Lo que desea lograr María desde este lugar es gestar un nuevo “paraíso”, es decir, ofrecernos la posibilidad de una plenitud de vida interior similar a la de Adán y Eva antes de la caída en el pecado. ¿En qué ha de consistir esa similitud? Adán y Eva estaban profundamente arraigados y cobijados en el corazón de Dios por la gracia santificante. Dialogaban continuamente con el buen Dios así como nosotros intentamos hacerlo. Por eso, esa es la primera gracia que Dios nos quiere regalar aquí: la de encontrar hogar en el corazón de la Madre de Dios.

Ella es una reminiscencia del paraíso y un fruto de él. Por eso, allí donde se establece está dispuesta a gestar “nuevos paraísos”, lugares donde crezcan hombres paradisiacos, que vivan profunda y continuamente cobijados en el corazón de Dios.

La gracia de la transformación interior

Una segunda cualidad del hombre paradisiaco es que desconocía la concupiscencia, en él reinaba una armonía total entre su vida instintiva y su vida espiritual. Esa misma armonía la poseyó la Santísima Virgen, la Inmaculada. Nosotros, en cambio, nos identificamos más bien con las palabras de un poeta: “¡ay, dos almas viven en mi pecho”. ¡Cuántas veces quisiéramos hacer el bien y obramos el mal! Es como si “una de nuestras almas” nos elevara hacia las alturas y la otra nos arrastrara siempre de nuevo hacia abajo. Evidentemente, el estado de Adán y Eva antes de la caída en el pecado debe haber sido de una inmensa felicidad interior.

Esta segunda cualidad es otra de las gracias que María -el pequeño sol, reflejo del Gran Sol- irradia y regala desde este lugar: la gracia de la transformación interior.

La gracia del envío apostólico

Para descubrir la tercera gracia que la Sma. Virgen quiere mediarnos en este Santuario, volvamos a poner nuestros ojos en el paraíso.

Adán y Eva, llamados a transmitir la vida física, eran responsables a su vez de la transmisión de la vida divina. Es decir, estaban llamados a una doble fecundidad: física y espiritual.

Bien, esta fecundidad es la tercera gracia que la Sma. Virgen nos quiere regalar. Una fecundidad que en primer lugar ha de consistir en la transmisión de vida espiritual...

Cada uno pregúntese en su interior si quiere que la Sma. Virgen lo ilumine con estos rayos de sol, con las tres gracias de peregrinación que regala en este lugar y que nos ayudan a vivir como hombres del paraíso en medio de las tinieblas infernales de la época actual. Esta época gesta hijos de las tinieblas y si nosotros no nos esforzamos seriamente por ser hombres arraigados en el paraíso, debemos contar con estar -quizá mañana- entre aquellos que no son hijos de la luz.

Nuestra colaboración para recibir estas gracias

Pero, ¿cuál debe ser nuestro aporte para que la Sma. Virgen haga brillar su luz sobre nosotros en esta plenitud? Tres deben ser nuestros aportes:

- *el anhelo de vivir cobijados espiritualmente en Dios*
- *el anhelo por el paraíso y por ser nosotros mismos hombres del paraíso; es decir, el anhelo de ser transformados interiormente*
- *el anhelo de volvernos fecundos*

Todos los que estamos aquí deberíamos sabernos unidos por el vínculo de la alianza de amor; casi diría que deberíamos ser nosotros mismos “el ramo de flores” para la Virgen. Ahora, acudamos con confianza a su Santuario para implorar estas gracias. Les repito, con mucha confianza, pues de ella depende la medida de gracias que recibamos...

Para terminar, pensemos una vez más en el ramo de flores. El ramo espiritual que le ofrecemos a María debería estar formado por una confianza grande e invencible, por el profundo anhelo de estar cobijados en Dios, por la disponibilidad para ser transformados interiormente y por el serio esfuerzo por ser defensores de las cosas buenas y nobles...

(1) La mariología del P. José Kentenich está basada en el carácter personal conferido por Dios a María en el orden de salvación: su misión de permanente colaboradora ministerial de Cristo en el orden de la Redención. Basados en esta realidad de ser, se comprende que la mariología del Padre adopte una expresión clave: “María no es el centro, pero está en el centro”. A esta dimensión teológica es a la cual hace referencia el P. Kentenich en este texto.

La alianza, una ayuda eficaz en nuestra vida

Nuestro Santuario es como un mar de luz en medio de la oscuridad de la noche. Esa luz penetra la oscuridad y se esparce por todas partes. La que habita este lugar, la Mater ter Admirabilis, ha escrito su nombre en el portal del Santuario. Al recordarlo se nos hace presente la imagen de la mujer apocalíptica, rodeada de sol, envuelta en luz, con una corona de estrellas sobre su cabeza y con la luna bajo sus pies. Sabemos que donde Ella está,

lucha contra su adversario, el demonio y sus seguidores. Los dos están siempre en continua lucha: la Mujer del Sol y el demonio...

De allí la súplica: "*Desciende María...*".

Ella se estableció aquí, está entre nosotros y actúa de un modo singular como la Mujer del Apocalipsis, la destructora del poder del demonio y la educadora de personalidades auténticamente católicas. En el año 1943 la Madre tres veces Admirable ha sellado aquí una alianza de amor, la misma que ha sellado en Schoenstatt. Por ella, la Virgen se comprometió a establecerse aquí para gestar un movimiento de renovación y utilizar como instrumentos a quienes libremente se entreguen a Ella. Todos somos llamados a esta tarea, cada uno de nosotros.

"*Desciende María...*" es nuestra súplica. La respuesta de la Virgen es a su vez: "*Pueblo mío, voy a descender en este Santuario...*". Pero para ello, nosotros debemos ascender. Ella espera y necesita que a cambio sellemos la alianza de amor como lo hicieron los primeros muchachos allá en Europa.

No sé si se escucha su llamado. Hoy en día se oyen en el mundo tantas voces de profetas y pseudo-redentores que la voz de Jesús y de la Virgen pasan desapercibidas. Sin embargo, quienes están dispuestos a escucharlas, perciben claramente su mensaje que es respuesta a las preguntas que nos hemos hecho en estos días: ¿qué recibimos y entregamos al sellar la alianza de amor?

1. ¿Qué recibimos en virtud de la alianza?

Respecto a esta primera pregunta, sabemos que la Sma. Virgen nos ofrece cuatro bienes:

- *seguridad ante la vida*
- *una vida plena*
- *alegría de vivir*
- *una vida fecunda*

No sé si uds. experimentan las convulsiones de la época presente.

Vivimos en una época tan insegura como pocas. Con razón hablamos de la "era atómica" y este solo pensamiento nos hace temblar, sentirnos inseguros ante la vida. Sea que hablemos de nuestra vida religiosa, de lo moral, de lo económico, incluso de nuestra salud, todo se ve envuelto bajo el signo de la inseguridad.

Vivimos en un tiempo que intenta separarse de Dios. Frases como "la religión es el opio del pueblo" generan actitudes y acciones ateas que impiden la plasmación del nuevo orden social cristiano.

Quizá aún nuestra fe se resiste ante estas corrientes, pero aún en lo más profundo, ella ya está contaminada.

Nos parece -al contemplar estas cosas- que Dios estuviera durmiendo. Las injusticias que se cometen -y tantas veces contra los que más aman a Dios-, la miseria que hay en el mundo...

¿Puede permitir Dios tales cosas, El, el Dios del Amor? San Agustín se planteó este mismo problema, y para explicarlo trazó una comparación entre la historia mundial y una gran alfombra: en el revés de la misma se ve un gran enredo -esta es la imagen del mundo visto desde nosotros-, pero San Agustín nos habla también del lado derecho, donde el dibujo luce en una armonía

maravillosa. Por supuesto, esta dimensión de nuestra época actual sólo puede descubrirla quien reconoce detrás de las circunstancias -aún de las más difíciles- al Padre Dios bondadoso...

La Sma. Virgen quiere regalar a cuantos sellan la alianza de amor con ella, seguridad ante la vida. Vemos en torno al cuadro de María las palabras: *“Servus Mariae nunquam peribit”*. Esto significa: quien ha sellado una alianza de amor con la Virgen llegará al Cielo. A todos nosotros, padres y madres, nos preocupa el futuro de nuestros hijos; ¿qué será de ellos cuando deban afrontar la vida? Frente a esta incertidumbre hay sólo una respuesta: ¡preocúpense de que sus hijos sellen una alianza de amor con la Virgen María! Este es el mejor medio para asegurarnos una vida noble y religiosa, digna del Cielo. Esa es la gracia más grande que podemos recibir. Puedo confesarles que desde que yo mismo he comprendido este misterio, mi única tarea se ha convertido en conducir incansablemente a la Virgen a cuantos el buen Dios pone en mi camino.

Pensemos también en la inseguridad económica. Actualmente no hay nada seguro, todo es relativo. Los bancos en que depositamos nuestro dinero, de un momento a otro podrían quebrar, nos lo dice la experiencia. Hoy podemos ser ricos y, sin embargo, podemos estar mañana en la ruina.

Hay muchos que evitan pensar en estas cosas evadiéndose en diversiones, en definitiva, son muchos los que no quieren ver el peligro que nos amenaza. Nosotros en cambio lo enfrentamos pero con el medio que nos puede ayudar a superarlo: la alianza de amor...

2. ¿Qué se nos exige como condición para sellar la alianza de amor?

María espera de nosotros: nuestro corazón y la colaboración en la lucha por vencer al demonio y construir el Reino de Dios en el propio corazón, en nuestra familia, en el ámbito de nuestra profesión, en el círculo de nuestras amistades, en todas partes.

Esta es la alianza de amor que la Virgen nos invita a sellar aquí.

Para terminar quisiera rezar -y quienes han sellado esta alianza recen conmigo- una oración que compuse en el campo de concentración de Dachau recordando a quienes me estaban confiados y que sabía padecían peligros muy grandes.

*“Han sellado una alianza contigo;
se conserve firme como fundida en bronce,
entonces los sé bajo un seguro y fiel amparo
y no temo la furia salvaje del diluvio.
Victoriosamente conducirás a todos hacia el hogar, al Padre,
para que entonen cánticos al Cordero.
Creo firmemente que nunca perecerá
quien permanece fiel a su alianza de amor...”*